

# 1

## Mujeres que necesitan demasiado

Estas son las razones por las que me enamoré de mi esposa, Colleen O'Brien Golden, el 30 de diciembre de 1999:

1. La química.
2. La biología.
3. La sismología.
4. La elocución.
5. Mi padre, que nunca pagó la pensión alimenticia.
6. El corazón destrozado de Colleen.
7. Los pechos lácteos que cubrían ese corazón.

Me detendré en el siete, el número de la suerte, ya que la mía se ha agotado. Pensaba que aún me quedaba mucho por disfrutar, y aquí estoy: en una celda del Departamento de Policía de Scarsdale, en la esquina de Tompkins y Fenimore. Paso por este edificio casi todos los días cuando llevo a Zoe –la hija de Colleen– a la escuela o cuando la voy a buscar, y a veces paso dos veces al día, si logro acomodar los horarios. Eres muy afortunado de vivir aquí –me digo a menudo cuando veo esa mole de ladrillos de dos pisos–, has aterrizado en una ciudad donde la policía no tiene mucho que hacer la mayor parte del tiempo. Es cierto, de vez en cuando ocurre algún incidente, como la toma de rehenes del mes pasado. Pero, día a día, semana a semana, los policías holgazanean en nuestro pintoresco pueblo, elogiado por su excelente sistema escolar, por sus falsas mansiones Tudor, por las rebajas de Zachys Wine and Liquor, donde a veces se consigue una caja de St. Emillion por 189 dólares; por los diecisiete mil residentes ricos con estudios universitarios, que conocen los mejores lugares donde comprar hongos *chanterelle* o jugar al golf, no solo en Scarsdale sino también en los Berkshires, Amagansett, Outer Cape y en la costa del Maine.

La crónica policial tiene una sección fija en el periódico del pueblo, pero casi siempre se refiere a casos de adolescentes que conducen borrachos, y no a robos espectaculares. No quedan muchos sitios como este, me digo, y contemplo a mi adorada Zoe. Tiene los ojos verdes y el cabello rojizo de la madre, su mismo encanto y, por desgracia, su mismo temperamento, aunque con Zoe discutimos sobre asuntos filosóficos: cómo saber si es hoy o mañana, dónde va el pececito cuando lo tiramos por el inodoro o por qué Peter Pan no crece. Tiene cuatro años y medio.

Imaginaba que solo había oficinas en este edificio, y no habitaciones como la celda en la que me encuentro ahora o la sala de registro de la que acabo de salir, donde me quitaron los zapatos, el cinturón, el reloj, y me preguntaron si alguna vez había pensado en suicidarme. "Jamás, hasta que ustedes aparecieron en la puerta de mi casa". Me tomaron dos fotos para la ficha policial, tres juegos de huellas dactilares, y extrajeron una muestra de ADN de mi lengua con un hisopo. Sin embargo, nada fue más insoportable que la opresión de las esposas.

—¿Podrían aflojarlas? —había pedido desde el asiento trasero del auto policial, con los brazos atados en la espalda, como un toro a punto de ser castrado—. El año pasado me desgarré el hombro y el quiropráctico me dijo que no debo forzarlo.

Silencio.

—No sé si me están escuchando. Les decía que el año pasado, mientras sacaba la nieve con la pala, me desga...

—Ya lo escuchamos —me interrumpieron. A estos tipos no se los juzga por sus modales.

—Si las aflojaran aunque sea un poco...

—Los cerdos como usted no saben tener las manos quietas y después se quejan porque no pueden moverlas —el conductor tenía un fuerte acento de Brooklyn, pesado como una porción de pizza siciliana—. Ahora aguántese.

—Soy inocente —repliqué—. Todos dicen lo mismo, ¿no? Ustedes saben quién soy. El psicólogo a quien llamaron a fines de agosto para impedir que el muchacho asesinara a su padre. Si hasta querían bautizar una calle con mi nombre... ¿y ahora resulta que soy un criminal?

Silencio en el asiento delantero.

Por cierto, nadie quería bautizar ninguna calle con mi nombre, solo intentaba atraer su atención. Necesitaba creer que me estaban haciendo algún tipo de broma. ¿Cerdos como yo? El omóplato derecho me do-

lía muchísimo, como si me estuvieran clavando un punzón, y tenía ganas de hacer pis.

No era un chiste.

No era una visita amistosa.

Hay dos sonidos que nunca querré volver a escuchar: el roce del metal cuando se cierran las esposas y el ruido seco de la puerta de la celda cuando se cierra detrás.

Tengo una nueva identidad: B0307. Mi número de preso. ¿Podrían hacer una excepción conmigo y agregar "doctor"? Atiendo pacientes desde 1982. Soy el doctor B0307. Cuénteme su problema. ¿Depresión? ¿Ansiedad? ¿Furia incontrolable? ¿Furia contenida? ¿Su marido es un imbécil? ¿Deseas amenazar al miserable de tu padre con su propio revólver para que pague las cuentas de una vez por todas? ¿Su hijo quiere abandonar la escuela de Scarsdale y cocinar hamburguesas en el Fuddruckers de Yonkers? ¿Su mucama es adicta al Botox? Pase, por favor. Tome asiento. Disculpe que la madera sea tan dura. Pase al baño, si quiere. No hay agua en el inodoro porque tienen miedo de que meta la cabeza y me ahogue. ¿Se llevaron mi reloj por temor a que lo use para matarme o porque no quieren que sepa cuán lentamente pasa el tiempo detrás de las rejas? ¿El juez fijará una fianza o me enviará a la cárcel de Valhalla? (Espero que no. Este lugar parece el Marriot al lado de Valhalla). ¿Me juzgarán hoy o pasaré la noche aquí? En la mitología, el Valhalla es un lugar donde se venera a los héroes muertos en combate. Me pregunto si la Junta de Cárceles de Westchester entiende la ironía.

No tengo idea de qué hora es. Frente a la celda, contra una pared, hay una cámara de vídeo que apunta directamente hacia mí: doctor Eric Lavender, psicólogo del pueblo, también especializado en los problemas de los adolescentes varones. El mes pasado la policía me llamó tarde a la noche, cuando Jason Cummings, de catorce años, empuñó el revólver de su padre y lo tomó de rehén en la casa donde este vivía con su novia, situada en el barrio de Edgewood. Hablé con Jason por teléfono desde una de las casas de enfrente. En una situación de crisis, soy dinamita. Un Sam Spade compasivo. Un Al Pacino que trata a los pacientes con métodos *new age*. El muchacho por fin soltó el arma y salió caminando de la casa con las manos en la cabeza y las bermudas Tommy Hilfiger que le cubrían la mitad del trasero. Cinco minutos después, la policía liberó al querido papá, que estaba amordazado y atado a una silla, y luego lo arrestó por haberse rehusado a pagar la manutención del

hijo durante dos años. Lo último que supe de él es que sigue preso en Valhalla, consumiendo dosis excesivas de ironía. El momento decisivo de mi conversación con Jason, en que supe que estábamos fuera de peligro, fue cuando le conté que yo también había tenido un padre que no me pasaba la pensión.

Saco un brazo por entre las rejas para alcanzar el teléfono que está adosado a la pared junto a la cámara de vídeo, me recuerda al teléfono de la vieja cocina de mi madre, donde vivió antes de terminar en el asilo. Ya hice dos llamadas con la ayuda de los policías. En sitios como Scarsdale, te permiten más de una. Si no, ¿qué hacen esos tipos todo el día? Llamé a mi hermana Pru y a la abogada que me consiguió, Lily López. Llegará en un minuto. Un pequeño descuido arquitectónico: el prisionero puede alcanzar el teléfono a través de las rejas. ¡Ja! La fantasía de un desesperado. Y, aunque pudiera, no sabría a quién llamar. A Sandy Lefkowitz... ¿para decirle que soy un criminal? O, mejor dicho, un *presunto* criminal. Mi nueva palabra favorita. ¿Dónde quedaron mis viejas palabras favoritas? *Conocimiento. Transformación. Posibilidad.* Estoy hablando a las paredes. Saludo a los policías a través de las cámaras. Estoy perdiendo la poca cordura que me queda. Estoy perdiendo a mis hijas. Zoe, con su carita llena de pecas y su colección de ositos de peluche, y la gloriosa Sarah Rose, sangre de mi sangre, el milagro que me fue concedido a los cuarenta y ocho años. Es probable que papá no regrese a casa esta noche, cariño, pero te prometo que jamás te abandonaré. Lo juro solemnemente, pequeña. Angelito. Mi dulce copo de nieve.

Dios mío. No puedo seguir así. En un minuto, paso del sarcasmo a la autocompasión y el sentimentalismo. Cuando hablamos por teléfono, Lily López me dijo que tratara de ordenar mis pensamientos y de recordar los acontecimientos clave que me condujeron hasta aquí, para que ella pueda armar una historia digna de contar al juez. Me dijo que desechara las emociones. Y ahora entiendo por qué. Al menos me creyó cuando me defendí de las acusaciones en mi contra. Seguramente, Pru la puso al tanto de la situación. O quizá sea una práctica usual de los abogados penalistas: fingir que creen la historia del cliente. De todas maneras, aceptaré su ayuda.

—¿Estuvo arrestado antes? —preguntó.

—No. Nunca.

—¿Y casado antes?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que usted y su mujer están juntos?

—Casi tres años y medio. Tenemos una niña de dos años y medio, y a Zoe, la hija de mi esposa, de cuatro años y medio.

—Su hermana salvó la vida de mi hijo. Acepté el caso porque, mire, estas *pinche mujeres* \* de Scarsdale...

—No lo tome como un favor a Pru. Si en realidad desea hacerle un favor, entonces consígame un abogado a quien le interese el caso.

—No, no, se equivoca. Estoy ansiosa por empezar, Eric. Estas mujeres de Scarsdale, con sus *movidas*, \* sus cirugías estéticas y sus perritos falderos... Ya conocemos la película.

Sacaba muchas conclusiones apresuradas —mi inocencia, por empezar— y no hablaba con el típico tono adulador de los abogados de Scarsdale como mi esposa. Tenía un fuerte acento neoyorquino con algo de español.

—¿Qué son *movidas*?

—Jugarretas. Manipulaciones. Lo que hacen esas mujeres cuando desean seguir viviendo en la mansión sin el marido. Ya no lo quieren ver ni en el garaje.

—Si va a despotricar contra Scarsdale, prefiero buscar otro abogado que no sea tan...

—Solo estoy hablando, Eric, necesito desahogarme. Mi acupunturista se fue de viaje. Olvide lo que le dije. Tengo una buena relación con Lawson, uno de los detectives del lugar. Como no le darán lápiz y papel por las dudas de que decida lastimarse con el lápiz, en media hora le llevaré una computadora portátil para que pueda ordenar sus pensamientos. Eso facilitará mi trabajo. Concéntrese en los hechos. Trate de no mezclar los sentimientos. Fechas que recuerde, conversaciones, hechos. Veamos. Son casi las cuatro. Lawson está dispuesto a llevarlo a ver al juez, porque los ricos no están acostumbrados a esperar. Pero ya es muy tarde. Es probable que tenga que pasar la noche allí. Lo siento. Si no recibo una llamada de la estación de policía, nos reuniremos a la mañana antes de la lectura de los cargos. Cuando la audiencia termine, haré que lo liberen. No quiero ver cómo lo trasladan esposado a Valhalla. Espero que sepa tipiar.

—Sé tipiar. Gracias por la computadora, es usted muy amable.

—No se trata de amabilidad. Le llevo la computadora porque soy una buena abogada... y detesto perder.

—Mejor aún.

\* En español en el original.

—Y porque su hermana le salvó la vida a mi hijo.

Si fuera una persona religiosa, diría que mi hermana, Pru Lavender, médica, hace el trabajo de Dios: arregla lo que está roto en el corazón de los bebés, válvulas, arterias, ventrículos. Es uno de los dos cirujanos pediatras de todo Nueva York capaces de operar el corazón de los recién nacidos, del tamaño de una pequeña ciruela. Admiro a Pru, como la mitad de Nueva York, aunque todavía me da rabia que haya entrado en la facultad de Medicina y yo no. Y que realice tareas viriles, de macho, como cortar a las personas y volver a coserlas, mientras que yo hago un trabajo de mujeres: hablar de los problemas.

Tenemos una relación complicada, pero no hostil. Pru es, en todos los sentidos, la mejor de los dos. Se obstina en negarlo cada vez que se lo digo, pero ambos sabemos que lo hace por cortesía y no por razones valederas. Soy dos años menor que ella, y cuando me rechazaron en las seis facultades de medicina a las que me había postulado, me consoló como una buena hermana mayor. Trató de tomar el asunto a la ligera y de interpretar las respuestas negativas como una descripción y no como un juicio sobre mi persona. “Estás destinado a otras cosas –decía–. Por ejemplo, a dormir toda la noche de vez en cuando, y a no tener que pasar los próximos diez años encerrado en la facultad”. No me disgusta lo que hago, pero a veces lamento no haber alcanzado ese objetivo.

Quizá las cosas resultaron así porque en mi infancia las mujeres tenían mucha presencia y mi padre, muchos problemas. Es la teoría de cierto poeta que organiza grupos de varones y los lleva a los bosques para que toquen con fuerza los tambores y se conecten con su yo masculino y guerrero. Según el poeta, los hombres sufrimos por no tener “suficiente padre”, y dado que los padres ya no nos enseñan un oficio o profesión, las relaciones más importantes las establecemos con las mujeres que nos crían, y a quienes aprendemos a complacer pareciéndonos a ellas. ¿No tener “suficiente padre”? Cuando era niño en Teaneck, en Nueva Jersey, pensaba que mi maldito padre era más que suficiente, aunque trabajaba sesenta horas por semana y se marchó a California cuando yo tenía doce años. Si estaba en casa, se la pasaba gritando. La libreta de gastos de mi madre era un desastre; mi hermana dejaba los zapatos tirados en la sala de estar; yo había reprobado en Geografía y tenía el cabello muy largo, otro signo de mis tendencias feminoideas. Para provocar una explosión bastaba con colocar una bombilla de 75 watts en vez de una de 60. Mi madre aprendió a agachar la cabeza y yo aprendí a pelear con él. Mi hermana hizo todo lo posible por ser perfecta.

Habla en español con los padres puertorriqueños de los pacientes, en francés con los haitianos y en el inglés distinguido del Upper East Side con los gringos. Las paredes de su oficina están cubiertas de fotografías de bebés devueltos mágicamente a la vida gracias a su prodigiosa habilidad manual.

¿Ya dije que es lesbiana? ¿Y que cada vez que pienso en ella, pienso en su lesbianismo? No es que lo desapruebe, solo me pregunto si es un caso de naturaleza o de crianza. Me pregunto qué efecto habrá tenido la conducta de mi padre en su sexualidad, ¿qué efecto habrá tenido en mí? Colleen me diría que dejara de hurgar en el pasado y repetiría la frase que su finada madre siempre le decía: “No llegarás a ningún lado en este mundo si te preocupas por lo que ya pasó”. ¿Debo culpar a mi padre por haberme casado con una mujer que no cree que el pasado contenga la clave del resto de nuestra vida?

Debe de ser la única habitante de Scarsdale que no hace terapia. Tiene que ocuparse de cosas más importantes que sacar a relucir el pasado y quejarse del presente. *Les femmes de Scarsdale* recurren a mí cuando quieren hablar con un hombre sensible y a ella cuando quieren divorciarse. Hasta hace poco, pensaba que los únicos maestros de las *movidas* en Scarsdale eran los maridos, esos machos alfa con acciones en la Bolsa y novias en el exterior. No me inspiraban simpatía y ninguno de ellos era paciente mío. Sus esposas sí lo eran, y algunas lo siguen siendo.

En las sesiones, las trato con empatía y comprensión e intento ayudarlas a sobrellevar las penas y la soledad, que sienten con tanta intensidad como los pobres y la clase media sienten un dolor de cabeza. Pero estoy cansado de que lloriqueen por los decoradores de interiores, por los resultados de sus hijos en los exámenes de ingreso, por las dos arruguitas que aparecieron en el entrecejo o por el nuevo BMW que trae más problemas que el viejo Jaguar. Las he bautizado “mujeres que necesitan demasiado” y juro que a la próxima que me llame le voy a decir que no tomo más pacientes. Claro que será difícil identificarla por teléfono y, además, no estoy en condiciones de rechazar trabajo.

Sin embargo, sé que no soy el terapeuta que aspiraba ser; soy como aquella caricatura del *New Yorker*, esa mujer recostada en la playa que le dice a un hombre: “Claro que tus problemas me parecen serios, Howard. Pero no me parecen interesantes”. Por supuesto, hay excepciones. Los excéntricos, los marginales, los pacientes nuevos, las mujeres mayores que ya han terminado su carrera o criado a sus hijos, que han perdido a sus esposos por muerte o divorcio y que poseen una auténtica sabidu-

ría. Y también me gusta trabajar con los adolescentes que me envían los padres frustrados o el psicólogo de la escuela secundaria. Por lo general, lo que necesitan es más disciplina, menos dinero y menos tutores. A menudo pienso que el mejor tratamiento sería enviarlos a Manhattan, donde los adolescentes inquietos e inteligentes tienen la posibilidad de hacer otras cosas, además de beber, conducir y rebelarse contra las estrechas ambiciones de sus vecinos.

Y, desde luego, está Sandy Lefkowitz. Un paciente muy especial. Un pobre desgraciado.

Hace apenas tres años que vivo aquí. Después de iniciar mi relación con Colleen, me pidió que dejara Manhattan y me trasladara a su casa en Scarsdale, pero yo me resistía, pataleaba y, como solemos hacer los hombres, trataba de cambiar de tema. Sin embargo, cuando quedó embarazada, cuatro meses después de habernos conocido, retomamos la conversación, si es que alguna vez la habíamos interrumpido. Yo tenía cuarenta y siete años y Colleen, cuarenta y uno. Ella tenía una niña y yo no tenía hijos. En otro momento de mi vida, la hubiera obligado a abortar, no por razones políticas, ni por defender el derecho al aborto, nada de eso. A los cuarenta y siete años ya no era un tipo tan brutal y Colleen era distinta del resto de las mujeres con quienes había salido: estable, autosuficiente, una mujer de mundo, una madre cariñosa, cálida y ansiosa por estar conmigo, no me sentía asfixiado por ella, como suele sucederme después del arrebato inicial. No estoy diciendo que haya querido casarme con ella desde la primera noche. De ninguna manera. Soy un solterón empedernido, pero cuando, a raíz del embarazo, tomé la decisión de contraer matrimonio y mudarme de Manhattan a Scarsdale, ya me había convencido de que estaba preparado para tener una mujer en serio, formar una familia, vivir en su casa y cuidar de la niña que acababa de dar a luz y de nuestro propio hijo que estaba por nacer.

Mis pacientes de Nueva York eran artistas, diseñadores, escritores, investigadores de medicina o activistas políticos. Fantaseaba con convertirme en un confidente que conversa con personas muy interesantes sobre los temas que más les importan. Siga soñando, doctor Lavender. Con ellos no hablaba de la arquitectura de vanguardia ni de la paz en Oriente Medio, sino de madres ausentes, ex maridos dementes, sexo cibernético, cigarrillos, o de obsesiones con la princesa Diana, antes y después de su muerte. Con todo, me gustaba lo que hacía y la gente con la que trabajaba. Pero cuando terminaba el día, necesitaba saciar mi deseo políticamente incorrecto de salir con muchachas jóvenes que,

como dicen por ahí, podían ser mis hijas. No salía con varias mujeres a la vez, sino con una sola, y nunca las engañaba. Nadie podía acusarme de ser infiel; solo era, lo admito, un tipo con tendencia a la dispersión y con fobia al compromiso.

Como me pasaba casi todo el tiempo ocupándome de otras personas, precisaba que alguien se ocupara de mí al final del día. Alguien joven, llena de energía, preferiblemente pechugona. No había nada que ocultar. Sacaba a pasear a estas adorables criaturas, se las presentaba a mis amigos –¡y qué amigos!– y trataba de no prestar atención a sus miradas reprobadoras cada vez que me aparecía con una nueva Brandy o Consuela o Misaka, todas de orígenes diversos. Mis novias solían ser actrices, bailarinas o ejecutivas de cuentas. En ocasiones, leían alguna novela recomendada por la televisión, revistas de moda y *Modern Bride*, y yo no las alentaba a cultivarse. No soy un bruto; soy un tipo bastante inteligente, los mejores libros los leí en la universidad y mis gustos musicales son bastante previsibles: Bob Dylan, Bruce Springsteen, casi todo Mozart, los *Conciertos brandeburgueses* de Bach, algo de *cool jazz* y ciertas canciones de comedias musicales.

Les encantaba hacerme preguntas sobre las conductas aberrantes descritas en los manuales de psiquiatría y sobre mi infancia desdichada. Estaban convencidas de que, luego de escuchar mis historias, les sería más fácil conquistar mi corazón. Pero pronto descubrían que no era el corazón el que gobernaba el deseo, y entonces venía una seguidilla de lágrimas, despedidas dramáticas, llamadas telefónicas a mitad de la noche, docenas de e-mails, ropa que mandarían a buscar, y así sucesivamente. Una vez, una de mis novias amenazó con suicidarse, lo cual me dejó aturdido durante meses. Ahora pienso que la experiencia debió haberme servido para buscar una mujer inteligente y de mi edad. Pero no lo hice. El autoconocimiento no es como un viaje en avión con un destino específico. Se parece más a una nube: algo hermoso que uno puede ver, pero no rodear con los brazos. Y cuando vuelve a mirarlo, ya ha desaparecido.

Poco a poco, mis amigos dejaron de presentarme mujeres interesantes y, poco a poco, dejé de llevarlas a mi apartamento. Habían desfilado demasiadas por mi edificio y temía que alguno de los conserjes me denunciara a la Liga de Protección al Menor (mentira: todas habían pasado la edad de la inocencia). Además, ya no sabía qué hacer cuando comenzaban a preguntarme por “nuestro futuro”, pues de lo único que podía ocuparme era del presente. Amanda, una amiga de la univer-

sidad, me aconsejó retomar la terapia para averiguar por qué repetía una y otra vez las mismas situaciones. Se me ocurrieron algunas respuestas (mamá, papá y su matrimonio desdichado) y estuve a punto de llamar a un viejo terapeuta cuando sucedieron dos cosas que alteraron por completo mi vida.

Una: la repentina muerte de mi padre en Los Ángeles. El viejo irresponsable de quien le había hablado a Jason Cummings.

Dos: ocho días después de mi llegada a Los Ángeles para ordenar los asuntos, el día que arrojé la mitad de las cenizas al océano Pacífico –la otra mitad la guardé para Pru, que ya había regresado a Nueva York–, conocí a Colleen.

Casi no he dicho una palabra acerca de ella. No es que no sepa por dónde empezar. Si contara la historia sentado cómodamente en mi oficina, sería otra cosa. En esta sombría cárcel todo parece distinto. Aquí, ¿quién creería que soy inocente? ¿Cuándo comenzaron los problemas? ¿O acaso estuvieron siempre latentes en nuestro matrimonio?

Si mi padre hubiera sido un modelo mejor, tal vez sería capaz de comportarme como un hombre y concentrarme en los hechos. Soy terapeuta y, por lo tanto, trabajo con los sentimientos, así como los banqueros trabajan con el dinero. Y me enfurece que me culpen de abusar de Zoe, de solo cuatro años y medio. El cargo: “Manosear por la fuerza”. Me lo dijo Lily López. “Significa tocar sus órganos genitales con una intención sexual” –me explicó, mientras yo temblaba de rabia. ¿Por qué he de evitar los sentimientos? Son lo único que pueden quitarme; ya me han quitado a mis hijas, mi profesión, mi reputación. Intentarán justificar el caso en mi contra. Pero ellos saben y yo sé que sus argumentos serán tan sólidos como el aire y el humo, como el castillo de naipes en el que he vivido.